

“Sin independencia, la BBC no tiene sentido”

Pese a las conclusiones del Informe Hutton, en la apreciación de la opinión pública británica el Gobierno salió de la crisis provocada por el ‘caso Kelly’ peor parado que la BBC. La gente consideró excesivo el castigo a la cadena pública y no entendió que el Gobierno y su entorno quedasen limpios. Y el público británico, según los informes y las encuestas, sigue valorando la imparcialidad y la independencia en la información como algo que hay que mantener.

ENRIQUE PERIS

El tópico de un antes y un después –aplicado en este caso a la BBC– es casi obligado al hablar de la crisis provocada por el *caso Kelly* y sus consecuencias para el futuro de la radiotelevisión pública británica. La BBC se encuentra en un momento crítico de su historia: el estatuto de la corporación –la *carta*, que garantiza su existencia misma, su independencia y su viabilidad económica y financiera– debe renovarse para el año 2006, y esa renovación (o revisión, como algunos lo plantean), se va a producir en un momento de cambios sociales impor-

tantos, de novedades trascendentales en el panorama audiovisual y de avances tecnológicos que están modificando sensiblemente el ámbito de las comunicaciones y, por extensión, los gustos, hábitos y costumbres de la audiencia de televisión.

El *caso Kelly*, con la sacudida política que desencadenó, se llevó por delante a la cúpula de la BBC del momento y, de paso, vino a poner sobre la mesa un debate enriquecedor sobre el papel y la necesidad, incluso en estos tiempos –o, quizá, de manera especial en estos tiempos–, de una televisión pública con carác-

Enrique Peris es corresponsal de Televisión Española en Londres.

ter de servicio público, independiente, políticamente neutral y objetiva e imparcial en sus informaciones, viable y autónoma desde el punto de vista económico e inmune a las presiones del poder, especialmente del poder político, es decir, del Gobierno.

Para muchos, lo que estuvo en el origen de la crisis, hace algo más de un año, fue simplemente el malestar del Gobierno, y su intento –a cargo, especialmente, de Alastair Campbell, el enérgico responsable de Comunicación de Tony Blair– de poner en entredicho a la BBC y atajar la visión crítica que el entorno del primer ministro atribuía a la corporación, sobre las causas de la guerra en Iraq y sobre los esfuerzos de Downing Street por buscar a toda costa argumentos que respaldase ante la opinión pública el ataque contra Sadam Huseín. Lo que parece claro es que, en ese caso, la BBC le dio a Alastair Campbell un buen pretexto con la información del periodista Andrew Gilligan, emitida en el programa *Today* de Radio 4 una mañana de finales de mayo de 2003: una aseveración hecha en directo por el propio Gilligan, en la que, improvisando, sin un guión escrito, venía a decir que el Gobierno de Tony Blair sabía, cuando hizo público el informe sobre la amenaza iraquí, que el dato de que Sadam Huseín podía poner en marcha sus armas de destrucción masiva en un plazo de 45 minutos era probablemente falso, y a pesar de eso decidió incluirlo en

EL PROTAGONISTA

Andrew Gilligan, de 36 años, llevaba en la BBC desde 1999, cuando lo ficharon para el programa *Today* de Radio 4, en el que ha trabajado todo este tiempo. Como reportero de la BBC ha viajado por unos 40 países, entre ellos Pakistán y Afganistán. Renunció a su puesto en el programa el pasado 30 de enero y ese día declaró: “Me voy por iniciativa propia, pero la BBC en su conjunto ha sido víctima de una gran injusticia”. Y continuó: “Si lord Hutton hubiera examinado exhaustivamente las pruebas que se le presentaron, habría concluido que la mayor parte de mi reportaje era cierta”. Aunque admitió que había cometido errores, y se excusó por ello, defendió la esencia de la historia. Además, dijo que el castigo a la BBC fue “desproporcionado respecto a sus errores y los míos, que no fueron premeditados”.

el dossier. Para que no quedase duda, Gilligan, un especialista en temas de Defensa en la BBC (radio), repitió su historia días después en un artículo en el periódico *Mail on Sunday*, y aquí contó además que su información procedía de “una fuente de los servicios de inteligencia”, la cual le había dicho también que el propio Alastair Campbell había sido el que había obligado a hinchar, o “adornar”, el informe del Gobierno sobre la amenaza iraquí para hacerlo más convincente ante la opinión pública (más *sexy*,

“Sin independencia, la BBC no tiene sentido”

según su propia expresión). Más tarde se supo que esa fuente era el doctor David Kelly, un experto en armamento y asesor del Ministerio de Defensa que no pertenecía, en realidad, a los servicios de inteligencia aunque tenía relación con ellos, y que, por su parte, negó ser el origen de la información de Gilligan tal como él la presentó.

A partir de ahí los acontecimientos se precipitaron de forma dramática. En una llamativa declaración ante una comisión parlamentaria, Alastair Campbell desacreditó expresamente la información de Andrew Gilligan y se quejó en tono áspero de la actitud general de la cadena pública en el asunto de Iraq. Gilligan se ratificó en sus afirmaciones y sus jefes en la BBC lo apoyaron y rechazaron las quejas procedentes de Downing Street. Pronto se vio que el Gobierno parecía muy determinado a demostrar públicamente que la información era inexacta, al menos en algunos de sus puntos, y así llegó a desvelarse la identidad de la fuente del periodista de Radio 4: el doctor Kelly, quien, abrumado por las circunstancias, viéndose señalado en el centro de un torbellino político-periodístico que lo superaba y cuestionado en todos los medios sobre lo que había dicho y lo que no había

dicho, se suicidó, cortándose las venas, en un bosquecillo cercano a su casa de Oxfordshire.

Cuando parecía que la imagen de Tony Blair y de su entorno podría salir robustecida de ese enfrentamiento con la cadena pública, la muerte del científico fue una sorpresa demoledora. Al doctor David Kelly se lo vio como la víctima en una batalla descarnada entre el Gobierno y la BBC con la guerra de Iraq como fondo, y ambos bandos –la corporación pública y el Gobierno Blair, pero sobre todo este último– resultaron muy tocados en ese episodio. La salida para el primer ministro, en uno de los momentos más duros de su mandato, fue anunciar una investigación rápida, rigurosa e independiente –que correría a cargo del veterano y prestigioso juez lord Hutton–, y prometerle todo su apoyo y colaboración.

Casi dos meses de audiencias públicas, la declaración de más de 70 testigos, entre ellos el propio primer ministro y los responsables de los servicios de espionaje, una larga meditación y una laboriosa redacción a cargo del juez, dieron como fruto, medio año después, el célebre Informe Hutton, que se ha convertido en una pieza discutida y con-

La primera información de Gilligan en Radio 4, improvisada, sin guión previo, sirvió al Gobierno para poner en entredicho a la BBC.

trovertida como pocas en su género. Tal como lo había advertido claramente al iniciar su trabajo (“yo marcaré y decidiré por mí mismo los límites de mi investigación”), el juez Hutton restringió esos límites según su criterio y no entró a valorar los motivos del Gobierno para ir a la guerra, o la veracidad o no de los informes de inteligencia en los que el primer ministro decía basar sus razones. Así, las conclusiones de su informe venían a ser un durísimo castigo a la actuación de la BBC en el caso *Gilligan*, mientras el Gobierno salía prácticamente indemne. Según su dictamen, la información que facilitó el Gobierno sobre la amenaza iraquí era consistente con la inteligencia que había recibido sobre la situación en Iraq, y ello “independientemente de que con posterioridad se considerara que el informe en el que se basó la afirmación sobre los 45 minutos no era fiable”.

Así, el juez llegaba a la conclusión de que –al margen de otras consideraciones– la información emitida esa mañana de mayo por Radio 4 era infundada, por cuanto que daba a entender a quien la escuchara que el dossier sobre Iraq elaborado por el Gobierno había sido maquillado con datos de inteligencia de los que se sabía que eran falsos o dudosos: “Y ese no es el caso”, dictaminaba lord Hutton. Además, el juez hacía extensiva la crítica a los sistemas de control editorial de la BBC por no haber sido capa-

ces de evitar que esa “información sin fundamento” saliera al aire.

Lo que al principio fue simplemente una sorpresa por la dureza de la crítica a la BBC, pronto dio paso a expresiones de solidaridad con la cadena y de rechazo más o menos contundente a las conclusiones del juez Hutton, que muchos consideraron desequilibradas, demasiado benévolas con el Gobierno e injustamente inclementes con el trabajo de la radiotelevisión pública. Y, sin embargo, aún dejando aparte las quejas del entorno de Blair, el hecho es que las críticas a la BBC por su actuación en el caso *Gilligan* no eran nuevas. Críticas aún más duras se habían podido escuchar unos días antes de hacerse público el informe del juez... ien la propia BBC! El 21 de enero, miércoles, se emitió en BBC One una edición especial de *Panorama*, el programa estrella del periodismo de investigación de la cadena, dedicada a analizar las circunstancias y las secuelas de la controvertida información de Andrew Gilligan en Radio 4. “Una lucha a muerte” (*A fight to the death*), era el expresivo título del reportaje, firmado por John Ware, un veterano y muy prestigioso periodista de la casa, un auténtico peso pesado, que en un ejercicio de implacable crítica interna venía a poner de manifiesto los errores cometidos por la BBC en el asunto, la falta de rigor de las afirmaciones de Andrew Gilligan y la responsabilidad directa de los man-

“Sin independencia, la BBC no tiene sentido”

dos de la cadena (el jefe de Informativos, Richard Sambrook; el director general, Greg Dyke, y el *chairman*, Gavyn Davis) por no comprobar si había razón en las quejas del Gobierno en este caso, y por su descuido y dejación al respaldar la versión de Gilligan –del que se decía que tenía cierta tendencia a tomarse peligrosas libertades a la hora de contar sus noticias, y que ya había sido reprendido en el pasado por ese motivo–, sin detenerse a verificar escrupulosamente sus datos, revisando y comprobando sus notas. Hay que decir que, al contrario que lord Hutton en su informe, que iba a hacerse público sólo unos días después, el reportaje de *Panorama* dejaba también muy evidentes los pecados del Gobierno y sus maniobras para presionar y estrujar a los servicios de inteligencia en busca del material más convincente sobre Iraq, del más llamativo, del más conveniente, en definitiva, para sus intentos de justificar el ataque.

Aunque muchos han visto esa especie de autocrítica de *Panorama* como un reflejo de la salud profesional y de la independencia de la BBC, hay que subrayar que el *asunto Kelly* ha provocado, también, una considerable crisis interna y ha puesto de manifiesto cierta división entre los profe-

sionales de la corporación que han vivido en los últimos meses una sensación de abatimiento, humillación, pesimismo y temor sobre el futuro de la cadena.

La dimisión, a consecuencia del Informe Hutton, del presidente del Consejo de la BBC, Gavyn Davis, y sobre todo la dimisión a regañadientes del director general, Greg Dyke, un profesional muy popular en la casa, fueron acogidas con protestas, concentraciones y manifestaciones de solidaridad con Dyke por parte de grupos nutridos de trabajadores de la corporación, gestos de simpatía y apoyo que se convertían por extensión en expresiones de rechazo a las conclusiones del juez Hutton. El propio Dyke no se reprimió en proclamar que no estaba de acuerdo con esas conclusiones del magistrado y que él no veía de qué tenía que arrepentirse la BBC. Y

eso que, en un intento de poner fin a la crisis, y para dar satisfacción al Gobierno, el nuevo responsable en funciones de la cadena, lord Ryder, se había apresurado a pedir disculpas, “de forma incondicional”, por los errores cometidos en el *caso Kelly*. Y cuando a Mark Byford, el hombre que tras la dimisión forzada de Greg Dyke fue

Sensación de
abatimiento,
humillación,
pesimismo y temor
sobre el futuro
de la cadena entre
los profesionales de
la BBC.

designado director general en funciones, le comentaron en el curso de una entrevista que, después de todo, muchos tenían claro que la información difundida por Andrew Gilligan a través de Radio 4 era “mostly right” (es decir, “cierta en su mayor parte”), Byford respondió con una frase rotunda: “Mostly right isn’t good enough for the BBC” (“que sea cierto en su mayor parte no es suficiente para la BBC”), con la que venía a desautorizar implícitamente la actuación de su antecesor.

La cuestión parece ser hasta dónde debe llegar la autocrítica de la cadena, y si el error Gilligan fue una torpeza o un descuido circunstanciales, o algo más.

La verdad es que la BBC ha sido una leyenda y una referencia mundial por su independencia –no es la primera vez que sus informaciones resultan incómodas y hasta irritantes para los gobiernos– y también, y en la misma o mayor medida, por su rigor y fiabilidad. Junto a ello, a veces se le atribuía cierta lentitud y pesadez. Lo suyo no era dar las noticias rápidamente, antes que nadie, sino dar noticias fiables y contrastadas que todos reconocían y admitían como tales sin dudarlos. En los últimos años, con la proliferación de las cadenas de noticias y la competencia de los canales de información continua, las cosas han cambiado algo, y en términos generales ya no basta con ser riguroso: hay que ser rápido, hay

que intentar adelantarse y dar primicias, exclusivas, *scoops*, y hay que ser más audaz y hasta abiertamente agresivo con el Gobierno, con los partidos o con los organismos de poder.

¿Ha sido el error Gilligan fruto de esa nueva tendencia a dar noticias, informaciones o deducciones ciertas en su mayor parte, o probablemente ciertas, aunque no estén del todo comprobadas?

Tras su renuncia, no espontánea, Greg Dyke ha denunciado las presiones constantes y los intentos, por parte del Gobierno de Tony Blair, de intimidar a la BBC por su tratamiento de la guerra contra Iraq: eran acusaciones directas contra el entonces asesor más directo de Blair, Alastair Campbell, quien dimitió semanas después del suicidio del doctor Kelly, y que, según Dyke, intentaba sistemáticamente que la cadena informara de lo que él quería. Eso explicaría la resistencia a rectificar o a reconocer errores en el *asunto Gilligan*, la supuesta cerrazón de los responsables de la BBC durante la crisis, como una actitud de firmeza e independencia ante las presiones del poder.

En cambio, el ex director general de la corporación, John Birt, cuya gestión, muy polémica, ha marcado la historia reciente de la BBC, ha dicho de manera contundente que el origen de la crisis fue una pieza de “periodismo chapucero” (en referencia a la información de Andrew Gilligan) que nunca debió ser emiti-

“Sin independencia, la BBC no tiene sentido”

da y que nunca debió ser defendida y apoyada por los responsables de la BBC. Bien es verdad que John Birt pasa por la cabeza visible de los que defienden que la corporación no debe competir con otros medios –por ejemplo, con los periódicos– en cuanto a conseguir y lanzar exclusivas, o en cuanto a audacia o espíritu crítico hacia el Gobierno.

Pese a las conclusiones del Informe Hutton, es de destacar que, en la apreciación de la opinión pública, el Gobierno salió de la crisis peor parado que la cadena pública. La gente consideró excesivo el castigo a la BBC y no entendió que el Gobierno y su entorno salieran limpios. Y el público británico, según los informes y las encuestas, sigue valorando la imparcialidad y la independencia en la información como algo que hay que mantener.

El Gobierno –¡cómo no!– ha asegurado que tiene el mayor interés en asegurar y garantizar la independencia de la BBC. El proceso que se abre para renovar el estatuto de la corporación –y que le ha permitido mantener su autonomía financiera, desde su creación en los años 20 del siglo pasado, mediante el sistema de canon o licencia por la posesión de un recep-

tor– mostrará si esa promesa es sincera, y si la BBC puede mantenerse como esa gran referencia que hoy es (una auténtica “piedra angular de la cultura británica”, según el periódico *The Guardian*), fiel a ese triple objetivo de informar, educar y entretener.

Los nuevos responsables de la BBC proceden de Channel 4, la otra cadena pública, que se financia con publicidad y que se caracteriza por sus contenidos avanzados.

El nuevo presidente de la corporación, Michael Grade, elegido a raíz de la crisis que ha hecho temblar a la Old Lady, lo ha dejado bien claro: “Sin independencia, la BBC no tiene sentido”. Tanto él como el nuevo director general, Mark Thomson, son hombres de la BBC que han pasado los últimos años como altos ejecutivos de Channel 4, la otra cadena pública británica, de carácter comercial, que se financia con publicidad y que se caracteriza por sus contenidos avanzados, chocantes a veces, y

hasta provocadores. No parece que Michael Grade y Mark Thomson vayan a apostar por una BBC dócil o acobardada. Y tampoco van a renunciar a competir por la audiencia. Todo indica que intentarán hacer compatible la legendaria fiabilidad de la cadena con el dinamismo que imponen los tiempos. Sería deseable que lo consiguieran. 